

Mejía y otros muchos jefes, con ocho mil soldados y sesenta cañones estaban en poder de las tropas juaristas.

Siete días después, el 25, se sabía que el general Riva Palacio había escrito á su esposa residente en México, confirmando esas noticias ya recibidas y anunciando además que el señor Lacunza tenía en su poder una acta con la abdicación de Maximiliano. Aunque eran ya bastante pormenorizadas esas noticias para darles crédito, los imperialistas las supusieron ardidés de guerra para ocultar alguna terrible derrota de los juaristas.

Establecida la estación de lluvias desde el 23 de Mayo, veíanse inundadas las líneas de los sitiadores, que necesitaron cambiar á Tacubaya el centro de sus operaciones; quedaba á su frente la garita de Belem, encargada desde el 30 de Mayo por Márquez, á la contraguerrilla que mandaba el comandante Chenet.

Por la mañana se suponía á Maximiliano marchando triunfalmente sobre la capital y en la tarde se aseguraba que estaba prisionero. Márquez detenía toda clase de correspondencia y hacía cuanto esfuerzo le era posible para ocultar la verdad. Publicábanse á la vez en México noticias tan extrañas como la que afirmaba que Puebla se había pronunciado por el Imperio, y que el general Díaz se había retirado precipitadamente por el camino de fierro, llevándose la mitad de sus tropas para atacar á Puebla; que Vicario se había apoderado de Cuernavaca y nombrado autoridades imperiales, y que el general Riva Palacio había entrado á Toluca con los restos de su División destruida en Querétaro. Estas noticias sensacionales circulaban unas tras otras, con intervalos que á veces no llegaban á una hora.

De esta manera, acumulando noticias inventadas, conseguían los sitiados prolongar la resistencia, y aunque el general Díaz se comunicaba con los coroneles austriacos, estos esperaban para normar su conducta las noticias que les habría de transmitir el Barón de Magnus.

La población de México se admiraba de que el general Márquez continuara la lucha después de la prisión de Maximiliano. Desde el 15 de Mayo [1867] por la tarde, las demostraciones de júbilo verificadas en el campo de los sitiadores, dieron á conocer que allí se había recibido alguna noticia plausible; pero los imperialistas atribuían lo que pasaba en el campo de los sitiadores, á la voz que corrió de haber llegado á la villa de Guadalupe unos comisionados del gobierno republicano, conduciendo para Porfirio Díaz la banda de general de división, noticia que parecía confirmarse con la parte tan activa que tomaban en aquellas demostraciones las fuerzas de Oaxaca.

Pasó la noche, y al día siguiente llegó á manos del general Márquez un impreso en el que estaba contenido el parte telegráfico que anunciaba la prisión de Maximiliano. El jefe de la plaza sitiada consideró como un ardid lo que pasaba y opinó, á la vez que los que le rodeaban, que no se debía dar crédito á la noticia mientras no se tuviera un dato oficial ó por lo menos un testimonio capaz de

convencer el ánimo. Esperaba que los sitiadores le hubieran comunicado oficialmente la noticia, ó que lo hubiese hecho Maximiliano; mas como nada de esto ocurría, se aumentaron las dudas del General Márquez, y tenía esperanzas de que fuese desmentida la noticia.

Cuando después de algunos días comenzaron á pasarse del campo de los sitiadores soldados de los prisioneros hechos en Querétaro, y fueron interrogados cuidadosamente, no se creyó lo que decían porque no referían los hechos de la misma manera; y esto se explica, porque los soldados, ya por haber desertado al ser tomada Querétaro ó por otros motivos, no estaban en los secretos de lo que aconteció, ó no habían visto todo lo ocurrido y no podían encontrarse bien informados al caer prisioneros; aseguraban algunos que Maximiliano había tomado el camino de Celaya; otros decían que había caído prisionero, pero que no lo habían visto, y muchos de los mismos soldados que defendieron á Querétaro, declararon que ignoraban lo acontecido en la plaza, pues habían sido presos en sus puestos. Deduciase de sus informes solamente la caída de Querétaro; pero quedaba la duda sobre los accidentes ocurridos á Maximiliano.

Hasta el 5 de Junio, solamente habíanse cambiado en México tiros de cañón entre sitiados y sitiadores; desde ese día las escaramuzas fueron continuas. El día 6 fué combatida por voluntarios al mando del teniente Blanchon, una fuerza republicana que avanzaba á lo largo del acueducto; el 7 se bombardeó el cementerio francés para desalojar á los republicanos posesionados de aquel lugar; el 8, á las siete de la mañana, se presentó Márquez en la garita de Belem, sin comitiva, y después de hacerse reconocer visitó las obras y observó la posición del enemigo, que había levantado nuevas baterías enfilando con sus fuegos la garita. Cuando el comandante Chenet se quejaba amargamente de la prohibición que hizo Márquez de ir á tomar las posiciones enemigas á la bayoneta, este general le contestó:

—Está bien; voy á dejaros el campo libre; el Emperador está á tres leguas de aquí, arriba de Tacubaya; pero en Santa Fé los liberales le impiden el paso y es necesario que vosotros vayais á protegerlo. Haced un plan para ello y enviádmelo esta tarde.

El plan le fué enviado, lo encontró bueno, pero muy atrevido.

Márquez resolvió que se hiciera una pujante salida en la noche del 8 al 9 de Junio; á las dos de la madrugada se preparaban los húsares rojos de Kevenhüller para llevarla á efecto; pero hasta las cuatro de la misma recibieron la orden del cuartel general para que se dirigieran al Sureste por la garita de San Antonio Abad. Una hora después se rompió el fuego en toda la línea, y los húsares, la gendarmería y la fuerza de Quiroga se precipitaron sobre sus contrarios con ímpetu terrible. A las seis recibe orden la contra-guerrilla francesa para verificar un ataque falso sobre la Piedad, y lo ejecuta á las órdenes de los capitanes Debry y Amoné, de los tenientes Blanchon, Morand y de Fin; pero son re-

chazados con grandes pérdidas y se retiraron á sus atrincheramientos. Para encubrir esta derrota expresó la orden del día, firmada por el general V. de la Cadena, que se trató solamente de introducir víveres, y que se obtuvo en esta maniobra buen éxito; por su parte los periódicos republicanos dijeron: "que ese esfuerzo era el último que haría el tigre de Tacubaya."

Los sitiados mostrábanse ya cubiertos de andrajos, la debilidad retratada en la cara y exhaustos por la fatiga; tenían enemigos también dentro de la ciudad, y forzados estaban los jefes á taparse los oídos para no percibir los quejidos de una población diezmada por el hambre, y acosada por las palabras tentadoras de los que les proponían entregar la plaza.

Los adictos á los republicanos azuzaban al pueblo para que se rebelara, le indicaban los lugares donde había maíz almacenado, y le ofrecían un rico botín tratando de atraerse á la multitud. En consecuencia, el 8 de Junio á las siete de la mañana, una gran masa del pueblo se lanzó sobre el teatro de Iturbide; en un momento rompieron las puertas, y la turba invadió el edificio en el que encontraron solamente algunas carzas de semillas. Siguió el alboroto, la población de los suburbios se reunió en la plaza del mercado y se esparció la voz de que debían todos dirigirse á una de las garitas para desarmar á los que la defendieran y entregar la ciudad á los sitiadores; pero entonces se presentó la caballería austriaca enviada para dispersar á los tumultuarios, y habiendo los jefes de la plaza confiscado víveres en varias casas de comercio, los distribuyeron entre una parte de la hambrienta turba.

El pueblo continuó tratando de levantarse; pero queriendo sus directores desarrollar el plan con más método que el empleado en el primer intento, se arregló que tomarían posesión de algunos templos desde cuyas alturas se procuraría sostener á los amotinados, se tocaría alarma con las campanas y entonces la multitud se dirigiría á las garitas, en tanto que el ejército sitiador avanzaba hacia la ciudad. Atacada así la guarnición por el frente y retaguardia, fácilmente sería sometida y aun se esperaba que se rindiese á discreción; las tropas mandadas por Márquez tomaron á su vez las precauciones para evitar que se llevaran á efecto esos proyectos. El 9 de Junio se intentó una salida de las fuerzas europeas que fueron rechazadas ante los fosos de las trincheras de los sitiadores, y se hizo correr la voz de que tal salida había tenido por objeto auxiliar la aproximación del Emperador á la ciudad, después de haber sido derrotada una División de cinco mil republicanos que quisieron evitarle el paso; se agregaba que pocos días transcurrirían para que estuviese á las puertas de México. Estas noticias tomaron consistencia hora por hora los días 10 y 11 de Junio. Se aseguraba que el ejército imperial se movía despacio por el gran número de heridos que conducía, y se presentaba como prueba de la mala situación de los sitiadores una carta del general Porfirio Díaz, la que se dijo habersele encontrado á un espía; en ella encarecía á sus amigos hicieran que el pueblo se sublevara pronto, pues de lo contrario tendría que levantar el sitio.

Por fin, se dió el día 14 una prueba evidente del avance de los imperialistas, con la presencia en la capital del general de artillería Don Manuel Ramírez Arellano, que penetró á ella disfrazado de carbonero, y dijo que había dejado al Emperador en Maravatio y que el ejército marchaba victorioso; se había evacuado á Querétaro por falta de provisiones, pero Escobedo había sido derrotado, y la marcha era lenta porque Maximiliano no había querido abandonar á los heridos.

El señor Lacunza, Presidente del Consejo de Estado, propuso enviar un comisionado de toda confianza, para que si las noticias de lo acaecido en Querétaro resultaban ciertas, se publicara la abdicación del Soberano y todo quedara terminado.

Márquez, por su parte, comisionó á una persona de su confianza que logró llegar hasta esa ciudad y vió lo que pasaba, penetró á la prisión de Maximiliano, supo el resultado del Consejo de guerra y al regresar violentamente á México, oyó hablar en Tacubaya de la próxima ejecución de su Soberano; entró á México el 18 de Junio, é impuso á Márquez de todo lo acaecido.

Entre los que, procedentes de Querétaro después del triunfo de los republicanos, llegaron á México, se distinguió el Sr. Manuel Ramírez Arellano, de quien Márquez nada dice en su Manifiesto publicado en Nueva York. Refirió el señor Ramírez Arellano lo siguiente, que insertó en su obra titulada "*Ultimas horas del Imperio*:" "El 14 de Junio penetraba Arellano á la capital, en la noche, y tan pronto como supo Márquez esto, lo comunicó á los diversos cuerpos que formaban la línea de defensa, asegurándoles que el Emperador se dirigía á México, no obstante que Arellano le refirió lo acaecido hasta su salida de Querétaro el 15 de Mayo. Márquez le dijo que no ignoraba los acontecimientos ocurridos en esa ciudad, y que diariamente tenía noticias relativas á ellos por conducto de una señora de alta posición social, que se había trasladado á Tacubaya con ese objeto, y también tenía noticias por desertores y prisioneros republicanos; le refirió que el capitán Guerra Manzanares, del regimiento de la Emperatriz, había entrado á la capital el 16 de Mayo y contándole la traición de López y sus consecuencias, por lo cual había sido reducido á prisión dicho capitán; pero convinieron Arellano y Márquez en no confirmar los rumores que corrían respecto á la verdad de los hechos ocurridos. La conferencia terminó á las cuatro de la mañana."

El general Ramírez Arellano sabía perfectamente que en Querétaro se había reunido el consejo de guerra para juzgar á Maximiliano, Miramón y Mejía; había pasado Arellano por Tacubaya disfrazado de vivandero, y atravesando la línea de los sitiadores logró penetrar á México por el lado del Oeste; no obstante, ante la multitud que le escuchaba dijo, contestando á una pregunta del general Tabera: "*que era cierto que se aproximaba el Emperador*." Pretendía Ramírez Arellano levantar la moral de los imperialistas, y conducido á presen-

cia del general Márquez sostuvo con él aquella larga conferencia reservada. En ella comunicó á Márquez el conocimiento exacto de todo lo que había acontecido en Querétaro, y opinó que el Imperio sucumbía por faltas de los defensores de esa plaza.

Se dió por cierto que el Emperador enviaba al general Ramírez Arellano para tranquilizar á la fiel México, avisando su proxima llegada. Al anunciar el *Diario Oficial* del Imperio, al siguiente día 15, la llegada de aquel general, le llamaba "enviado por el Emperador," cuyo aviso oficial fué calificado de plena confirmación de los rumores esparcidos la víspera. Ya no se podía dudar, estaba delante de todos el *enviado*, que confirmaba las seguridades más formales acerca del avance de Maximiliano para la capital, motivo bastante para que no tuviera límite la alegría de los imperialistas, externada con repiques en todas las torres, con la multitud de cohetes que poblaron la atmósfera, y con otra porción de manifestaciones de entusiasmo.

Márquez dispuso que se verificase el mismo día 15 de Junio una junta de ministros en la sacristía de la iglesia de los Angeles, punto cercano al de Santiago Tlaltelolco donde tenía este general su residencia; allí sostuvo con el general Arellano la falsa noticia que había circulado en la plaza, respecto al próximo regreso de Maximiliano, y manifestó aún la esperanza de salvar al partido imperialista, derrotando á los sitiadores que estaban diseminados en una línea de circunvalación que medía más de doce leguas de desarrollo. En caso de que la fortuna no fuera favorable á las armas imperiales, siempre se sucumbiría con gloria, luchando hasta el último instante, resolución extrema que suele salvar del cadalso á los vencidos.

No se podía comprender cuáles eran las miras del general Márquez, pues sabía ya que Maximiliano estaba prisionero; tal vez suponía que persistiendo en la defensa de la capital, mejoraría la situación del cautivo, ó esperaba que algún acontecimiento favorable llegara en auxilio de los conservadores; también es presumible que quisiera ganar tiempo, espionando el momento propicio para huir y acogerse á un seguro abrigo. Mostrábase tan abatido, que no se reconocía en él aquel militar de las guerras civiles, enérgico, sereno y valeroso; parecía que sus esperanzas habían muerto; solamente la crueldad que tanto se le reprochaba, no le había abandonado y comprendía perfectamente, que tan solo con el terror podía sostener un orden aparente en la populosa capital, que se debatía entre las congojas del hambre, y donde al esparcirse los rumores de la caída de Querétaro, impulsaban revueltas cotidianas los partidarios de la República. Márquez sabía que el general Díaz hacía continuamente proposiciones á los jefes europeos, y que estaba en casi diarias relaciones con el prefecto político O'Horan, brazo derecho del Lugarteniente, y consideraba que se le podía entregar á la hora menos pensada.

Se pretendía sostener con falsedades la caída de la gran fortaleza que aún quedaba en pie del edificio imperial, cuando ya republicanos é imperialistas co-



Doctor Vicente Licea.

Verificado el fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, fué levantado el cadáver, envuelto en una sábana y conducido en un cajón de madera corriente á una capilla del Convento de las Capuchinas. Allí, el Doctor Licea, en unión del jefe del cuerpo médico militar, procedió á embalsamarlo; separó los intestinos en vasijas, y dejó el corazón un día en una de las bancas de la capilla. El Doctor Licea fué acusado de haber querido disponer de estos restos, y la Princesa Salm le promovió un litigio por motivo de los restos del vestido del difunto y por la negativa que del rostro hizo sacar el Sr. Licea.